

PSEUDÓNIMO: NADIE

TÍTULO: EL MONSTRUO DE ADMINISTEIN

Aquella fría noche de luna llena, donde las estrellas no se atrevían a aparecer, un carromato tirado por dos caballos era conducido por un hombre que aun escondido en su gruesa capa no podía evitar su prominente joroba. A su lado iba sentado otro hombre más joven, delgado, con un sombrero de fieltro, tipo homburg, con las alas ribeteadas apretadas hasta las mismas orejas para que el viento no se hiciera con él. Pararon junto a las vallas de un antiguo cementerio de un pequeño pueblo bávaro y ambos, cargados con un gran saco y dos palas, ayudados por la luz tétrica de una luna entre nubes, avanzaron hacia una de las tumbas donde la tierra aún estaba fresca y recién removida. La cruz sostenía un pequeño letrero de los que cuelgan antes de proceder a colocar la lápida definitiva. En él, un nombre escrito con letras góticas: Alfred Schneider, Abogado. Los dos sabían lo que tenían que hacer, se pusieron a cavar rápidamente para no ser sorprendidos hasta que una de las palas mezcló el ruido del metal con el de la madera. Limpiaron totalmente la tapa de tierra y con la ayuda de una palanca quitaron los clavos que la sujetaban a la caja. Al abrirla se encontraron con el cadáver. Un hombre de unos sesenta años, lujosamente amortajado, con la palidez del descanso eterno y aparentemente muerto no hacía más de dos días. El jorobado bajó al agujero, metió el cuerpo en el gran saco y con la ayuda de su acompañante, desde fuera, sacaron al muerto y lo arrastraron hacia la entrada del cementerio. Lo subieron al carro y volvieron sobre sus pasos recorriendo pasajes serpenteantes, tomando cruces de caminos ocultos por la noche y sin que nadie les viera. Una hora después llegaron a una mansión tétrica, con románticas verjas como si de un mausoleo se tratara, con gárgolas finalizando los canalones, pero siendo a la vez, una construcción de denotada riqueza para las casas de la zona. Escondieron el carro en un amplio cobertizo y por unas escaleras, bajaron por debajo del nivel del suelo a una gran estancia donde las únicas ventanas, en el borde del techo, ya no dejaban ver la luna sino unas nubes cargadas de tormenta. Con la ayuda de un candil encendieron múltiples candelabros y velas que iluminaron la sala.

En medio de la habitación había dos mesas de piedra marmolea en la que una aún recogía un cuerpo inerte al que se le había seccionado el cráneo para obtener su cerebro. Todas las paredes tenían grandes estanterías de madera que llegaban hasta el techo. En ellas había multitud de libros antiguos, pergaminos, papeles amontonados sin ningún orden donde se adivinaba el tratamiento de la anatomía humana, la sustancia sutil, el secreto de la vida, ciencias ocultas... En otras mesas, pildoreros, morteros y crisoles. En el suelo había una caja de madera con utensilios distintos para abrir un cuerpo humano, junto a ella un balde enorme de agua manchada en sangre donde medio asomaba una sierra, algún escalpelo y varios estiletes. El ambiente era sinuoso dentro del olor a formol y sustancias etéreas.

En una mesa al fondo podían verse colocados cuatro grandes frascos donde se sumergían cuatro cerebros. Todos ellos estaban etiquetados. En el primero se podía leer, Diane Kleiber, Economista. A su lado, Johann Smith, Arquitecto, y por último, Volker Niemann, Industrial.

—Igor, pon el cuerpo en la otra mesa —le ordenó el más joven al jorobado.

—Sí profesor —contestó éste.

—Igor, pronto conseguiremos crear una criatura excepcional. Debo conseguir encontrar la forma de combinar estos prestigiosos cerebros para que sean uno mismo. La sociedad

industrial de este siglo dará lugar a incipientes ciudades con grandes edificios. Y alguien deberá velar por la buena administración de cada uno de ellos. Dentro de más de ciento cincuenta años, en el siglo XXI mi criatura será imprescindible en las relaciones urbanas. Para ello deberá saber de leyes, arquitectura, técnica industrial y sobre todo, psicología.

–Pero profesor ¿Cómo le dará vida a esta criatura?

–Energía... necesitará mucha energía y para ello debemos robársela a la naturaleza. Nos haremos con un nuevo cuerpo al que le cambiaremos su cerebro por el resultado de la combinación de los que ya tenemos. La energía de la naturaleza hará el resto. Esperaremos una noche de tormenta y la electricidad nos dará la vida.

–Pero profesor –continuó Igor– ¿Qué cuerpo utilizaremos para ser el recipiente de todos estos cerebros?

–Tengo un contacto en un hotel cercano a Gengenbach –dijo el profesor– ya me ha avisado de la pronta llegada de una pareja de españoles. Creo que son de Madrid. Les espiaremos, los seguiremos y elegiremos a uno de ellos como nuestro objetivo. Le secuestraremos y en esta misma habitación se producirá el milagro... ¿Qué ha sido ese ruido?

Por encima de sus cabezas vieron un cuerpo negro peludo que lanzó un maullido antes de saltar a la mesa de los recipientes que contenían los cerebros.

– ¡Maldito animal! Captura ese gato ¡Lo va a tirar todo!

– ¡Ite! –Gritó Igor– no se mueva profesor ¡Ite! ¡Ven aquí!

Un sudor frío me recorrió el cuerpo...

– ¡Ite! –grité.

– ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Por qué me despiertas? Es que ni siquiera me vas a dejar dormir tranquila ni en vacaciones.

–Perdóname... tenía un sueño –le dije a mi mujer.

– ¿Un sueño? ¡Otra nueva pesadilla! –Me contestó– Estamos lejos de casa. Nos hemos venido a descansar a Alemania, a la Selva Negra, y tú sigues con tu cabeza en otro sitio. Desde que me has dicho que quieres ser Administrador de fincas no puedes dormir, no eres el mismo. Sé que está preparado pero aún así te veo inseguro. Creo que te ves sólo ante este reto ¿Por qué no empiezas colegiándote?

–Tienes razón. El Colegio me dará seguridad y protección en esta profesión. Tan pronto regresemos a Madrid solicitaré pertenecer a él.

–Eso es lo primero que tienes que hacer –afirmó ella– al menos, dormiremos tranquilos. Por cierto, hay un enorme gato negro mirándonos desde la ventana...